

Súbita emoción del capitán Hyx.

No me propongo llevaros detrás de cada uno de nuestros pasos en este paseo de digestión. Nos encontrábamos en el centro de un milagro de mecánica. Por todas partes en que deteníamos nuestras miradas, nuestra atención y nuestra admiración, no podíamos por menos de maravillarnos. Las explicaciones del capitán Hyx, por mesuradas que pudieran ser, venían a aumentar nuestro asombro.

Y, sin embargo, no había en todo aquello nada que pudiera "trastornar el cerebro humano" desde que el genio del hombre del siglo xx le ha preparado a todas las sorpresas científicas, a todas las victorias del Espíritu sobre el Elemento.

El cuarto de máquinas del *Vengador*, del que, por lo demás, sólo se nos permitió tener una visión fugaz, me turbó mucho menos las meninges que cierto comedor coquetón de blanca cárcel, en el que se bebía champaña mientras

se entreabría una puerta a la galería que gritaba.

Y, sin embargo, no era un espectáculo trivial el de aquella cámara de máquinas, tan vasta como una fábrica, con sus puentes aéreos, sus ruedas inmensas, sus engranajes, sus árboles de inducción, que comunicaban el movimiento a doce hélices, que, unidas a la acción de sus diez turbinas, daban al *Vengador* una instantánea rapidez de movimiento en todos sentidos (altura y profundidad) desconocida hasta hoy.

El *Vengador*, según nos dijo el capitán Hyx, podía marchar a más de cuarenta millas por hora sumergido.

Allí trabajaba un equipo de unos treinta mecánicos bajo la dirección de un ingeniero, al que fuimos presentados. En el momento en que nos cruzábamos en una pasarela, el ingeniero me miró con atención y pronunció algunas palabras en un lenguaje que me era desconocido y que parecieron producir cierta impresión en el capitán Hyx. Unos minutos después, como yo pareciera interesarme particularmente por un aparato singular que ocupaba todo un ángulo del departamento de máquinas y que presentaba un extraño conjunto de bobinas, tan gruesas como las columnas de un templo, rodeado todo ello de un inimaginable enmarañamiento de brazos de palancas y de bielas, como nunca lo había yo visto, el capitán me tocó en el hombro y nos hizo señas de que le siguiéramos.

Pronto abrió una puerta y nos encontramos en un corredor.

¿Habría sido yo indiscreto? ¿Me habría encon-

trado de pronto ante el gran secreto de Edison y del capitán Hyx? ¿Me habría inclinado con excesivo interés sobre aquel misterio de la ciencia?

Amalia y Dolores no se habían dado cuenta de nada.

El capitán Hyx me dijo mirándome con una atención que me desagradó:

—Ese ingeniero, cuyo nombre es Mabell, se me ha dado como un amigo de Edison. Edison, súbdito americano, sentía escrúpulos por trabajar personalmente en los planos definitivos de un navío que había de hacer una guerra terrible a una nación con la que su país no había roto ninguna relación diplomática. Por eso me cedió a Mabell, su primer auxiliar, que es canadiense y tenía motivos personales para no querer a *los hijos del Dragón*. El ha sido el que nos ha construido bajo el mayor misterio, y en seis meses, la morada de *los Angeles de las Aguas*.

—¡Es una obra magnífica! —dije yo, impresionado por el tono singular que había tomado el capitán, así como por aquel lenguaje apocalíptico (*los hijos del Dragón, los Angeles de las Aguas*), que todavía no había oído yo en su boca—. Lo que me asombra es que se les haya podido facilitar todas las piezas que han necesitado sin que se haya descubierto el secreto de su montaje.

—¿Quisiera usted tal vez saber en dónde ha tenido lugar este montaje?—me preguntó bruscamente el capitán.

¿Cuál sería el motivo de este súbito mal humor? Yo exclamé:

—¡No, no! ¡No quiero saber nada!

—Sin embargo, ¿no le desagradará saber cómo el *Vengador* no tiene nada que temer de sus enemigos?

—Si no le molesta a usted...—dije yo con un tono muy seco esta vez, pues los aires del capitán Hyx empezaban a impacientarme.

Amalia se apercibió e intervino de nuevo:

—Capitán, ¿puede usted conducirnos al cuarto de maniobra? Tanto peor si soy indiscreta, pero siento una gran curiosidad por darme cuenta de cómo pueden ver ustedes sin periscopio.

Al oír esto, el capitán se apresuró muy galantemente a conducirnos al cuarto de maniobra, que era una pieza magnífica en el mismo centro del navío, *lejos de los quioscos*.

Esta sala estaba atestada de pequeñas mesas, en las que se hallaban dispuestos numerosos instrumentos cuyo empleo preciso nos explicó atentamente el capitán Hyx.

También había allí una instalación de telegrafía sin hilos *submarina*. ¿Con quién comunicaría? ¿Y dónde? He ahí lo que no se nos dijo.

Para mostrar su ciencia, Amalia se entretuvo en nombrar todos los instrumentos cuya utilidad había conocido de labios del mismo vicealmirante.

Muchos de los órganos de maniobra y dirección eran iguales que en los otros submarinos. Por ejemplo, experimentó un gran placer en darnos un pequeño curso sobre el giroscopio, destinado a corregir y controlar las indicaciones del compás.

Por todas partes se veían palancas, llaves, botones eléctricos... Aquí los botones que regían el lastre de agua. Bastaba oprimir un botón para que penetrara el agua y otro para que saliera.

A su lado se encontraban los manómetros de tubo y aguja que permiten comprobar instantáneamente la altura a que llega el agua en los depósitos; las palancas, que bastaba apretar para poner en comunicación los depósitos de agua con los tubos de aire comprimido y expulsar así el líquido para dar más ligereza al navío.

—En este momento hemos vuelto a sesenta metros bajo el nivel del mar—nos dijo el capitán, después de haber cambiado algunas palabras incomprensibles con el oficial que estaba inclinado sobre una pantalla—. Ya saben ustedes que ningún submarino se arriesga apenas a esta pequeña profundidad, y que en todo caso no podría tener la pretensión de ver lo que pasa sobre el nivel del agua. ¡Los periscopios sólo son posibles con unos cuantos metros de tubería! Y, sin embargo, inclinense ustedes sobre esta pantalla y verán *la superficie del agua* como si pasearan ustedes por el puente superior de un transatlántico...

¡A decir verdad, el capitán no exageraba! Y las imágenes de la vida sobre las aguas se nos aparecieron en la pantalla como si hubiéramos estado al aire libre.

Nosotros estábamos estupefactos.

Amalia (cada vez más enervada, pues yo veía ahora que tenía como yo otras preocupacio-

nes que la de instruirse sobre la mecánica y la óptica) solicitaba explicaciones con un ardor de los más halagadores para el amor propio del capitán.

—Hemos reemplazado los periscopios—dijo el capitán—*con ojos que se pasean sobre el mar*. Esta vez no es a un francés ni a un americano a quien debemos *en principio* el invento. Cierto es que ha sido también el admirable Edison el que ha puesto en práctica *el ojo eléctrico*; pero él no ha hecho más que utilizar los datos de un sabio ruso, M. Roosing, que ha conseguido grandes progresos en el problema de la visión a distancia, problema que se presenta en este momento como análogo al de la fotografía, o mejor dicho, la cinematografía a distancia. En suma, la imagen que ven ustedes en la pantalla no es simplemente el *reflejo* de las cosas tal como lo facilitaba el periscopio por mediación de los espejos inclinados; esta imagen es la *fotografía* de las cosas. Nuestro "ojo eléctrico" no es otra cosa que una *estación emisora* de fotografía, o mejor dicho, de cinematografía eléctrica, y nosotros estamos ahora en la estación *receptora*. ¿Cómo puede la estación emisora, "que se pasea sobre el agua", trabajar *automáticamente* para nosotros, fotografiar para nosotros, ver para nosotros? Quizás Edison se lo diga a ustedes algún día; yo no puedo hacer más que permitirles comprender "desde lejos" el mecanismo merced al cual hemos podido tirar a un rincón el anticuado y *peligroso* periscopio. En fin, para lo decirles también que las cajas flotantes

encargadas de registrar la visión y expedírnosla por los hilos eléctricos que nos unen a ellas, están tan bien disimuladas o, mejor dicho, "disfrazadas", que es absolutamente imposible que llamen la atención, o por lo menos que despierten desconfianza. Unas tienen forma de medusas, otras de algas, otras se presentan como esponjas. Pues bien, esas cosas informes y flotantes de que no se desconfía son nuestros ojos, nuestros ojos eléctricos. ¿No encuentra usted esto admirable?

—¡Admirable!—repitió Amalia—. Yo sé que en Alemania buscan desde hace mucho tiempo el modo de substituir el periscopio... Mi marido decía...

Pero Dolores, inclinándose de pronto al oído de Amalia, mientras el capitán se había alejado unos pasos, la dijo vivamente:

—Hable lo menos posible de su marido!... El capitán está muy nervioso desde hace unos instantes...

Amalia y yo miramos en el acto a Dolores con expresión ansiosa e interrogativa; pero la joven española se llevó un dedo a los labios, lo que en todas las lenguas del mundo significa que se guarde silencio... y Amalia y yo no hicimos más que seguir al capitán, guardándonos para nosotros nuestros tristes pensamientos. Sin embargo, nos estrechamos la mano para probarnos la que siempre podíamos contar el uno con el otro en el momento de peligro.

El paseo continuó rápidamente, técnicamente y sin gracia, pero con la cortesía más extrema-

da, más fría y más impresionante por parte del capitán Hyx.

De hecho yo me decía que él no se encontraba ya con nosotros en el sentido moral de la palabra.

Pensaba en cosas que nosotros ignorábamos y que acaso no fueran nada tranquilizadoras para nosotros.

Por ejemplo, se atravesaba la sala de los torpedos automóviles; era ésta una sala alargada, elíptica, llena de aquellos artefactos monstruosos suspendidos de argollas que se deslizaban sobre varillas y estaban prontos a ser lanzados a los tubos que dejaban ver su entrada de ávida boca... Pues bien, el capitán anunciaba simplemente: "La cámara de los torpedos" y volvía a sus pensamientos... mientras que Dolores, muy amablemente, daba algunos detalles ociosos, como: "En los tubos submarinos el lanzamiento del torpedo se verifica por medio de un escape de aire comprimido. Casi siempre el motor del torpedo se pone en marcha en el momento del lanzamiento; una vez en marcha, el torpedo se arma automáticamente (pues debe permanecer en estado inofensivo mientras se encuentra a bordo); si no hace blanco el torpedo sigue su camino hasta recorrer una distancia que se regula antes del lanzamiento y luego se hunde para que no caiga en manos del adversario... Cada uno de estos aparatos cuesta sus treinta mil francos, pero puede partir por la mitad un barco de sesenta millones..." Cosas, en fin, que todo el mundo conoce, pero que nos-

otros escuchábamos pensando también en otra cosa.

Así, una de las cosas en que pensaba yo era en la ventana enrejada, con la que podríamos tropezarnos *por casualidad* al pasearnos por los corredores... siendo ésta la causa de que yo examinara con ansiedad sin cesar creciente, los ángulos de las galerías y los escasos objetos que pudieran servirme de señal, dispuesto a precipitarme delante del capitán y gritarle: "¡Por ahí no! ¡Por ahí no!"

Dolores proseguía imperturbablemente como si hubiera sido encargada de adormecer nuestra angustia:

—Ya comprenderán ustedes que siendo más "rápido" que todos, descendiendo a más profundidad que ninguno, el *Vengador* no tiene que temer el torpedo de nadie, y por el contrario, todos han de temer los suyos. En fin, *nosotros* tenemos armas defensivas formidables... Por medio de ondas de aire comprimido que rodean al submarino, *podemos* desviar un torpedo que nuestros micrófonos o nuestra luz fría nos hayan permitido descubrir en el momento que llega a *nosotros*.

Así hablaba ahora Dolores, como si le causara también un gran orgullo el poderío del *Vengador* y su invulnerabilidad en el combate. Pero ¿quién hubiera podido analizar a fondo en este extraño navío los diversos sentimientos que se compartían el alma desconocida de sus habitantes?...

Cuando consulto mis notas relativas a este

paseo que tantos recuerdos imborrables había de dejarme, veo que pasamos a visitar las torrecillas "acorazadas" que por medio de gatos hidráulicos surgían a voluntad de la verde caparazón del *Vengador* cuando navegaba por la superficie o a ras del nivel del agua; estas torrecillas estaban armadas de potentes cañones que superaban con mucho el tipo de los cañones de 65 milímetros, de que los alemanes acababan de dotar a sus últimos modelos de submarinos...

Luego descendimos a los "compartimentos de los buzos", que eran una serie de salas que podían comunicar directamente con el mar, no sólo por medio de "agujeros para hombres", sino también mediante vastas puertas capaces de dar paso "a los materiales que podemos necesitar en nuestras tareas submarinas", declara el capitán Hyx, que parece recobrar de pronto el uso de la palabra, después de haber cerrado bruscamente una puerta que Dolores había abierto sin su permiso, puerta que me había parecido dar a una inmensa sala llena de sombras y reflejos de acero (visión rápida en el fondo de la noche de instrumentos monstruosos y singulares, cañones con las bocas tapadas, de un aspecto absolutamente quimérico).

—Mis compartimentos de buzos les permiten a éstos salir del navío cuando reposa sobre sus ruedas en el fondo del mar. Por lo demás, también nuestros enemigos poseen este dispositivo, el cual se lo robaron a M. Simón Lecke. Yo les deseo tan sólo que tengan una organización tan completa como la mía.

Al decir esto nos hizo entrar en una especie de guardarropa, en donde pudimos ver alineados cerca de quinientos equipos completos de buzos.

— Cuando nuestros buzos salen al mar pueden cortar fácilmente cables, instalar minas y torpedos bajo los barcos enemigos, establecer comunicaciones telefónicas, bien con la tierra, bien con acorazados que flotan en la superficie. En el caso en que el submarino no pudiera remontarse a la superficie a consecuencia de una avería, toda la tripulación podría salir al aire libre provista de cascos respiratorios y salvavidas. Por lo demás—añade el capitán— podemos salir del navío de otro modo si es absolutamente necesario. Como ustedes comprenderán, yo no he querido ser la primera víctima de mi desmedido poder. A causa precisamente de su enorme desplazamiento de agua, el *Vengador* no puede ir a todos los sitios a que necesita afacar. Pero su capitán tiene que contar con todo el dominio del mar. También él ha tenido un sueño de hegemonía. Y como a menudo puede necesitarse otro más pequeño que uno... ¡miren!

Al decir esto, nos introducía en una sala donde se hallaban colocados en soportes en forma de cuna dos pequeños submarinos, cada uno de los cuales apenas tenía treinta metros de largo.

— Verdaderos torpedos automóviles—nos dijo el capitán—. Se monta en ellos como si se penetrara en un obús. Son al mismo tiempo instrumentos cortantes armados de tijeras, a los que no resiste nada y que no temen ninguna red.

Estos aparatos pueden ir a pasearse por los puertos lo mismo que nos paseamos nosotros en este momento por el *Vengador*... Están nueve-citos... Acaban de entregármelos y espero que dentro de poco tendrán ustedes el placer de verles por sí mismos a la obra.

¿Necesitaré decirles cuán singularmente sonaron estas palabras en nuestros oídos?

Pero el capitán nos introdujo en una sala con figura.

— Aquí es donde se encierra mi automóvil-hidroplano—dijo.

Nosotros nos acercamos al objeto; este auto, que lo mismo puede ir por el agua y por el aire que correr por la tierra, es un verdadero vagón de lujo por sus dimensiones y su distribución. Está construido poco más o menos con arreglo al modelo de los grandes aeroplanos rusos que pueden transportar una decena de viajeros. Delante existe un reducido compartimento para el mecánico; el del centro, más vasto, es un salón que se convierte según las horas en comedor o en dormitorio; el último compartimento está reservado al servicio de la cocina... Los tres compartimentos van armados de ametralladoras.

— Aquí tienen ustedes algo que nos basta en absoluto para nuestras expediciones terrestres acabó de explicar el capitán—. Esta nave aérea, que puede ir por el agua y replegar las alas y correr por las carreteras como un automóvil, nos ha sido utilísima en nuestra expedición de los burgomaestres.

—¿Su expedición de los burgomaestres?—interrogó Amalia.

—Sí—responde el capitán cerrando una portilla del asombroso aparato—. Teníamos que apoderarnos de algunos burgomaestres de las ciudades del Norte de Alemania que habían de servirnos de rehenes, pues teníamos malas noticias de los alcaldes franceses de las provincias invadidas y de algunos burgomaestres de Bélgica.

¿Y entonces?—volvió a preguntar Amalia abriendo desmesuradamente sus bellos y amedrentados ojos.

—Pues bien... desde que se encuentran aquí los burgomaestres alemanes, las noticias que recibimos de allá son mejores.

—Sí, sí—dijo ella suspirando—, ya comprendo...

¡La desventurada creía comprender!... ¿Qué es lo que comprendía? ¡Cuán poco! ¡Cuán poco!... Para que lo comprendiera todo sería preciso que hubiera visto como yo a cierto burgomaestre *con una mano de menos*, que se levantaba livido bajo la mirada del Irlandés, que venía a transmitirle el saludo del capitán Hyx. ¡Ah, mísero!...

¡Oh! Hemos ante el hueco de un ascensor... Yo me acuerdo que este ascensor no se encuentra lejos, quizá, de cierta galería que conduce a cierta reja... ¡Ah! ¿No iremos a quedarnos aquí, eh?... Bien, entramos en el ascensor... descendemos... una puerta... ¡Ah! Ya estamos de nuevo en los departamentos privados: la biblioteca del capi-

tán y después la prodigiosa sala con columnas de mármol. Es ésta una biblioteca excelente, con sus profundos divanes para dormir ante todos estos libros que ciertamente nadie debe leer... Son gruesos volúmenes de una ciencia austera... de filosofía... mucha filosofía... y el estante de libros de "filantropía" es sin duda el mejor surtido. No he de deciros sus títulos, pero en aquellos momentos de matanzas y horrores me hicieron sonreír, palabra.

—Esta es mi biblioteca privada. ¡Viaja siempre conmigo! Lo mismo que mi salón y mis colecciones... mis cuadros, mis estatuas... ¡Es mi palacio terrestre que me lo he traído conmigo bajo las aguas!

Y el capitán Hyx nos rogó que nos sentáramos.

Peró en fin de cuentas, ¿quién es este hombre que tenía semejante palacio en la tierra? Sin duda será un personaje muy conocido... uno de esos multimillonarios o milmillonarios de los que hay pocos en el mundo...

En este momento fué cuando se produjo un incidente que me dió mucho que pensar aún acerca del carácter y la naturaleza de nuestro misterioso huésped, y que trastornó a la pobre Amalia hasta un punto que yo no sabría describir (lo que contribuiría a probar, entre paréntesis, que ella había adivinado muchas cosas o *muchas posibilidades de cosas*).

En el umbral de la biblioteca apareció un mayordomo que dejó caer unas cuantas palabras rápidas en esa lengua que yo no comprendía

que me parecía peculiar a los habitantes del *Vengador*.

Al punto, el capitán Hyx se levantó visiblemente emocionado y profirió una orden. Entonces fué introducida una doncella que también parecía hallarse sumamente turbada.

—¡Mi doncella! —exclamó Dolores—. ¿Qué es lo que sucede?

Amalia compartía ya instintivamente la agitación general y exclamó: "¡Mis hijos!", pues había dejado a sus hijos en el departamento de Dolores al cuidado de la doncella que le habían proporcionado a ella desde que se encontraba en el *Vengador*.

De los niños era, en efecto, de quien se trataba. El capitán Hyx nos lo hizo saber inmediatamente con una voz cuya sincera emoción le era imposible disimular.

—Esta joven no sabe qué ha sido de los niños. Y la otra doncella, tampoco... Los está buscando... ¿No había usted prohibido a los niños que salieran de su departamento, señora?

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos! —clamó la desventurada—... ¿Dónde están mis hijos?... ¡Quiero ver a mis hijos!...

Amalia se precipitó a la doncella como una loca; por fortuna en aquel momento apareció su doncella, que la gritó en alemán:

—Ya han aparecido los niños... *Estaban con el fotógrafo... El fotógrafo fué quien vino a buscarlos... El mismo los ha vuelto a traer...*

No por eso Amalia dejó de proseguir su camino gritando que quería ver a sus hijos.

Las dos doncellas la siguieron.

—Sobre todo—les dijo en alemán el capitán Hyx—cuiden de que los pequeños no salgan nunca más de los departamentos privados... Que no se vayan nunca a jugar a los corredores, o de lo contrario, yo no responderé ya de nada.

Y se enjugó con el pañuelo la sudorosa frente. Yo le pregunté, jadeante:

—¿Es que los niños corrian algún peligro real?

—¡Muy real, por desgracia! —repuso él con voz sorda—... ¿Qué quiere usted que le diga yo, por ejemplo, a un pobre padre de familia que al fondo de un corredor encontrara al alcance de su mano *esas tres lindas cabecitas alemanas*, la querida progenie del almirante von Treischke, el cual es muy célebre, ¿verdad que no lo ignora usted, señor neutral?, en la última historia de los últimos crímenes de la guerra del mundo? ¿Qué quiere usted que le dijera yo a ese pobre hombre que llora una progenie mutilada, si de súbito le enloquece el furor y sólo deja tras de sí tres pequeños cadáveres?

—Pero, caballero —exclamé yo—. ¿Por qué se ha apoderado usted de esos niños si tanto teme que les sobrevenga algún mal?

—¡Para que no les sobrevengan más males a los otros, caballero! ¡Ah! Pero ¿es que cree usted que yo no quiero a los niños tanto como usted, señor Carolus Herbert de Rénich?

Yo tuve que bajar la cabeza bajo la mirada fulgurante del capitán.

Dolores temblaba junto a mí ante esta escena.

—¡Cállese! Cállese, señor Herbert—me dijo en voz baja —... Usted no sabe nada... no le excite... usted no puede comprender...

Y el capitán prosiguió con fono contenido:

—Sí, estaban con el fotógrafo. El fotógrafo fué a por ellos por orden mía. Pero debería haber operado a domicilio... Es una locura haberles hecho recorrer tanto camino a través de los corredores más peligrosos...

De pronto, yo recordé lo que había podido ver detrás de las primeras rejas sobre las operaciones fotográficas de la "sala blanca"... y al acordarme del cliché al magnesio quise levantarme para ir a buscar a Amalia, pero la horrible hipótesis que acababa de entrever me quebraba las piernas; y volví a desplomarme en mi asiento...

—¿Qué tiene usted?—me preguntó nuestro huésped.

Yo balbucí aterrorizado que *me daban miedo las fotografías del fotógrafo del padre Latuile.*

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando parándose ante mí el capitán me clavó sus más sombría mirada.

—¡Cálmese! ¡Cálmese, señor Herbert de Renich! Serán lindas fotografías "vivas" que tranquilizarán al padre acerca de la excelente salud de sus hijos... y que quizás—esperémoslo, señor Herbert, esperémoslo—quizás le hagan reflexionar *sobre el régimen a seguir* para que los pequeños continúen estando bien... ¿Puede imaginarse, por ejemplo, nada más nefasto para la salud de los hijos del almirante von Treischke que un nuevo crimen submarino como el del *Lusitania*?

Yo no lo creo. Y cuando ese temible hombre de guerra haya recibido las fotografías quizás lo comprenda como yo... ¿Qué quiere usted que le diga, mi querido señor Herbert de Renich? Yo soy un filántropo *y empiezo a estar harto de ver hacer la guerra a los bebés...*

¿Qué podría yo contestar a esto? Me callé, aunque en verdad más aterrado que nunca.

El Hombre se paseaba ahora de un lado a otro con la frente repleta de pensamientos. Luego se detuvo y dijo lanzando un profundo suspiro:

—Evidentemente, son niños... niños pequeños... No se debe tocar a los niños... Sólo los *Ángeles de las Aguas* tienen derecho a tocar a los niños... Lea el Apocalipsis, lea las Escrituras y dígame lo que hacían de la progenie de las ciudades malditas los ángeles que caían sobre la tierra en el nombre del Señor... Sea como fuere, tranquilícese... los niños del almirante von Treischke, por los que usted se interesa, no correrán aquí ningún peligro, *al menos por mi parte... y si son prudentes...* (que se guarden de jugar por los corredores, en donde pueden tener malos encuentros). Yo no los he cogido nada más que como *espantajo* para meter miedo a los verdugos de niños que tienen pequeños...

—¿Y a la madre?—exclamé yo—. ¿La cree usted menos inocente que los niños?... Capitán, dígame que no tocará usted a una mujer más que a unos niños...

—Pero, caballero, ¿quién le ha permitido a usted interrogarme?

Nadie podría imaginarse el tono despectivo con que fueron pronunciadas estas palabras.

Por mi parte aun resuenan en mis oídos y me hacen estremecerme aún.

XIX

Una promesa del capitán Hyx.

Y como si hubiera oído lo que acababa de pasar entre el capitán y yo la almiranta von Treischke, empujando ante sí a la pequeña Dorotea, a Enriquito y a Carolus (a éste le había puesto sin duda este nombre en recuerdo mío), se presentó mostrando la desesperación más noble y más conmovedora.

Los transportes que la habían agitado antes de que encontrara a sus hijos habían sido causa de que se la hubiera soltado su admirable cabellera, que caía ahora en doradas ondas sobre sus hombros.

Entregada por completo a su emoción y a las terribles hipótesis que poco a poco habían acabado por invadir su espíritu, no se había tomado el trabajo ni el tiempo de reconstruir el edificio de su peinado, apareciéndose en el más lamentable y más bello desorden.

Sus ojos, llenos de lágrimas, tenían una expresión angelical que yo no les había visto nun-